

La lancha avanzaba velozmente sobre las olas, de un color plumizo debido al brumoso cielo, que impedía diferenciar el mar del cielo. La embarcación estaba ocupada por dos tripulantes, uno de ellos estaba al timón, prestándole más atención a otear el horizonte que a su labor, éste tendría unos cuarenta años, de pelo encanecido mandíbula firme y hojos acuosos, su cara ya marcada por los primeros signos de la vejez. El otro se acodaba en la proa del barco, como si así pudiera llegar antes a su destino, era largirucho de miembros largos y flacos, su tez era blanquecina, casi enfermiza y su grasiento pelo estaba recogido cuidadosamente en una gorra vieja y gastada, no tendría mas de treinta, lo solían llamar larguirucho. Su mirada vagaba por el horizonte, aburrida.

Me alcé de la baranda de la proa del barco, estiré la espalda, hastiado de horas y más horas de mar gris, cuando de pronto, la ví; al principio a mi cerebro le costó procesar lo que estaba viendo después de tan continua monotonía, pero cuando me di cuenta de lo que estaba viendo, observé si era lo que estábamos buscando: la isla apenas tenía unos trescientos metros cuadrados de superficie pelona y gris, con algún que otro matorral que pugnaba por sobrevivir en aquel lugar tan agreste. Por ahora todo normal, pero lo peculiar eran los pájaros, cientos de pájaros pertenecientes a decenas de especies que cubrían la isla de norte a sur y de este a oeste, depredadores y sus víctimas compartían la isla sin apenas inmutarse. Podían encontrarse allí los mas variados especímenes, más difíciles de encontrar en su bioma auctocono que allí. Y a por estos últimos, veníamos nosotros. Habíamos recibido un soplo del descubrimiento de esta isla y veníamos a aprovecharlo, antes de que llegaran los tios con bata, diciendo que si protección de especies y que si esto y aquello.

Avancé rapidamente hacia la cabina para indicarle al timonel que habíamos encontrado la isla.

Abrí la puerta de la pequeña cabina y exclamé con excitación

-¡Esta ahí! ¿la has visto? es tal cual nos la contaron, llena de pájaros que nos van a hacer ricos.

-Ya me he dado cuenta. Respondió el timonel cambiando con suavidad de rumbo.

Fondeé la lancha a una distancia prudencial y sirviéndonos de un pequeño bote llegamos remando hasta la isla. El acceso no iba a ser nada fácil, contando con que la isla tenía unos escarpados bordes llenos de afiladas agujas de piedra fruto del romper de las olas, y que teníamos que ir transportando jaulas arriba y equipo con que atrapar a los pájaros. Afianzamos la barca a una roca y cargando todo nuestro equipo a la espalda, comenzamos el ascenso. Las rocas estaban afiladas y herían nuestros dedos, pero nuestras ganas por llegar arriba eran mayores que el dolor, alcé un brazo y me agarré con cuidado a una piedra especialmente pinchosa, cuando de pronto vi una enorme gaviota asomando su fea cabeza por encima del acantilado, ciertamente era un espécimen horrible, sus plumas estaban viejas y grises, desordenadas en varias direcciones, como si hubiera sido vapuleada recientemente por una tormenta, su pico era de un amarillo viejo y gastado, lleno de arañazos y golpes, pero lo peor era su mirada, sus ojos negros y pequeños, todo pupila, redondeados por un pequeño círculo rojo difícil de apreciar para un observador poco hábil, y llenos de rabia, no sé como explicarlo, pero lo sabía, la gaviota odiaba estar allí, odiaba la isla, odiaba las rocas, las plantas, las mismas aguas que rodeaban la isla. Me quedé embobado con estos pensamientos, olvidando que estaba colgando precariamente sobre una caída de varios metros, agité una mano y espanté a la gaviota, reanudando el ascenso con mis doloridos brazos. Cuando llegué arriba ayudé al larguirucho a subir y me tumbé bocabajo en el suelo, demasiado cansado para levantarme, disfrutando de la sombra de unos matorrales. Pero de pronto, y para nuestra sorpresa, las aves se pusieron muy agresivas y empezaron a pasar volando raso alrededor nuestro como si quisieran decirnos algo, me fijé en los ojos de un cormorán, y para mi horror ví la misma extraña mirada, miré a un extraño pájaro de plumas verde metálico y también ví ese inexplicable sentimiento, observé los

ojos de todos los pájaros que alcancé a ver y ví lo mismo. Cogí del brazo al larguirucho y susurré: Esos pájaros no son normales, ¡están furiosos! tienen una mirada que nunca había apreciado en un animal.

Me miró con la burla brillando en los ojos y dijo: ¡Pareces una abuela! Rió el larguirucho. ¿Ahora hablas de los sentimientos de los pájaros? Deben estar furiosos porque es tiempo de cría y sentirán peligrar la vida de sus pequeños.

Te digo que no son normales, deberíamos andarnos con cuidado, insistí.

Bah!! tú y tus supersticiones, si tienes miedo vete a la lancha, yo cogeré a los pájaros, pero si te vas, olvídate del reparto...

Bajé la mirada, confundido, pero decidí quedarme.

El larguirucho me tendió mi mochila y comenzó a vaciar el contenido de la suya, colocó cuidadosamente en el suelo el tanque y la pistola de gas, y comenzó a ponerse el traje, cerrando cada una de las solapas de velcro que lo hacían tan estanco y seguro. Cuando finalmente terminó se colocó la mascarilla anti-gas, se cargó la mochila a la espalda y enchufó la pistola. Hice otro tanto y cuando estuvimos listos nos colocamos mirando a favor del viento y empezamos a rociar la isla.

Las aves pronto fueron engullidas por unas nubes grises llenas de volutas y patrones cambiantes que a los pocos minutos hicieron desaparecer la isla al completo, a pesar de que las aves trataron de revelarse y emprender el vuelo sólo algunas lo consiguieron, y pronto las vimos caer al mar, atontadas por el cóctel sedante.

Le indiqué al larguirucho que nos apartáramos mientras la nube se disipaba, y encontramos refugio tras unas enormes rocas que separaban el aire limpio de la nube de gas que ahora assolaba la isla.

Acepté el cigarrillo que me tendía y me recriminó:

¿Ves como eran pájaros simples y corrientes? en media hora los tendremos enjaulados cargados en la lancha y podremos irnos.

Supongo que tienes razón, pero estaré mas tranquilo cuando los vea enjaulados, es más, convertidos en billetes. Contesté.

En eso estoy de acuerdo. Observó el larguirucho, mirándome con suficiencia.

Terminamos el cigarro y volvimos arriba, la nube había desaparecido por completo, en cambio había sido sustituida por un extraño paisaje:

Toda la superficie de la isla estaba cubierta de pájaros. Sus cuerpos laxos estaban desparramados por el suelo, sin orden ni concierto, sus plumas y sus colores se mezclaban en un patrón epiléptico. Jamás había visto algo así.

Cogimos las jaulas y empezamos a llenarlas de pájaros, teniendo cuidado de coger los más raros o más llamativos y, consecuentemente, más faciles de vender.

Agrúpalos por especies, no queremos que nuestra preciada mercancía se lastime entre ella. Me indicó el larguirucho. Pronto nos dimos cuenta de que no podríamos llevárnoslos a todos así que solo cogimos a los mejores, los mas grandes y saludables.

Estába retirando a un ave especialmente grande, de enormes y llamativas plumas cuando, debájo de ella vi algo.

Una pequeña placa de granito, perfectamente cuadrada, y enmarcada en un fino metal verdoso de, probablemente, cobre. La placa estaba maltratada y desgastada por las inclemencias del tiempo, la lluvia y el viento, sin contar los excrementos que la cubrían. A pesar de todo esto el metal parecía bueno y duradero, aunque la placa parecía llevar allí cientos de años.

Mi primera racción fué asustarme, no esperaba encontrar nada de la mano del hombre en aquella isla perdida, y de pronto sentí una gran sospecha, me giré esperando encontrar a alguien o "algo" detrás de mí. Solo ví al larguirucho afanándose en llenar las jaulas de pájaros a dos manos.

Llamé su atención con un grito. ¡Larguirucho! ven aquí, hay algo raro, ya sabía yo que en esta isla, había algo extraño...

Se giró sorprendido y se acercó a paso vivo.

La miró y preguntó estupidamente. ¿qué es?

No lo sé, pero no es bueno, tiene que ver con los pájaros. Contesté.

Me miró de nuevo con los ojos chispeando de risa. ¿otra vez vuelves con eso? Espera, ¡mira! Dijo señalando la placa. Tiene una especie de marcas pero no puedo apreciar... está tan sucia...

¡No la toques! grité evitando que limpiara la placa con las manos. Es maligna...

Me miró y vi en su expresión que pensaba que estaba loco.

Esta bien, tócala si quieres pero no olvides que te advertí.

Esto lo amilanó un poco así que tomo un guante perteneciente al traje anti-gas y comenzó a rasgar los excrementos. Al rato empezó a perfilarse una forma. ¡Un pájaro! exclamo el larguirucho. Lo observé con atención, el ave estaba dibujada en la piedra con trazos simples, pero era alta y estilizada y tenía un gran orgullo en su porte y... tenía tres patas. Cuando el larguirucho terminó de limpiarla me di cuenta de que debajo del ave había una serie de extrañas letras. ¿¡Chino!?. Exclamó el larguirucho. Las observé con atención y aunque no pude negar que lo fueran tampoco las pude identificar como tal. ¿y que hace tan lejos de su país una placa en chino? pregunté

Ni lo sé ni me importa respondió el otro. No le veo mucho misterio, unos chinos vinieron y escribieron algo aquí y punto.

Me fijé de nuevo en el dibujo y ví una cosa entre las tres patas del ave, un huevo, un pequeño huevo que en su interior tenía grabada una minúscula calavera. Noté como se me erizaba el vello del cuerpo y un sudor frío me bajaba por la espalda. Es una tumba, susurré.

¿Cómo lo has sabido? preguntó el larguirucho, mirando la placa con renovado interés. Le señalé el huevo con cuidado de no tocar la placa.

Extendió las manos con la clara intención de abrir la lápida. ¿Qué haces? exclamé

¿Eres estúpido? si es una tumba y alguien se molestó tanto en enterrarse aquí tendrá algo que proteger. Nunca has oído hablar de los faraones? Inquirió.

Lo miré con dureza y le dije: tengo un presentimiento, no debemos tocar la placa, vayámonos ahora y vendamos los pájaros, y más adelante vendremos con una palanca para forzar la placa y evitaremos tocarla.

De pronto vi brillar la locura en sus ojos y grito: ¡Ya entiendo tu juego, lo que quieres es venir en otro momento para evitar repartirte el tesoro conmigo! ¡¿es eso lo que quieres?! Me empujó y caí hacia atrás con tan mala fortuna que me golpeé la cabeza contra una roca, noté un golpe sordo, un zumbido en los oídos y una presión como si estuviera bajo el agua. A la vez que esto ocurría vi al larguirucho agacharse al lado de la placa y desaparecer de mi campo de visión. Oí un extraño sonido como un resoplido, luego silencio.

Y la algarabía, de pronto todos los pájaros se despertaron inexplicablemente y empezaron a gemir, no hay otra palabra para decirlo, no graznaban, gemían, era un sonido horrible e insoportable de escuchar, un sonido que perturbaba el corazón. Reuniendo mis últimas fuerzas me levanté tambaleándome y traté de salir corriendo en dirección a la barca, pero la imagen me detuvo, el larguirucho estaba tendido en el suelo, o lo que quedaba de él. Su cadáver. Había perdido los huesos y los músculos, y solo quedaba la piel, flácida, que se movía empujada por el viento como un pellejo seco. Aún tenía las vacías manos sobre la lápida. Aparté la vista de esta terrible imagen y salí, corriendo, corrí, corrí y corrí hasta llegar a la barca, las aves excitadas volando a mi alrededor y alrededor de la isla, chillando como locas, subí a la barca y remé hasta la lancha. Llegué con los brazos doloridos y abandoné el bote a su suerte, subí con precipitación y encendí el motor.

A los diez minutos la lancha se había perdido en la lejanía.

En la isla, los pájaros seguían volando en excitados círculos, cuando de pronto el pellejo del hombre, que aún permanecía allí se rasgó y surgió de él un ave

blanca y fina, una garza, y si hubiera habido alguien para mirarla, habría descubierto un puntito negro en cada ojo. Un puntito lleno de una profunda rabia.

Epílogo:

Año 1677. Japón.

La Isla está controlado por pequeños señores feudales, conocidos por sus incansables pugnas, estos son los Daimyos. Uno de estos, llamado Tokugawa prevee su caída ante la traición de sus aliados. Es herido en combate y ordena a sus mejores Samurais que lo transporten a la isla mas recóndita que puedan hallar para que su tumba jamás sea profanada. Contrata los servicios de un Aosaginohi (demonio japonés) para que proteja su tumba. El Aosaginohi ayuda a sus samurais a llegar en atakebune (barco japonés) hasta una isla recondita. Allí construyen la cripta para su señor y asesinan a 12 muchachos jóvenes para regar la isla de sangre inocente, el Aosaginohi cumple su promesa y el milagro ocurre, de los restos de los muchachos surgen 12 aves guardianas que protegen la isla, aparte el Aosaginohi maldice la isla y la entrada a la cripta marcándola con su signo, ahora es libre de marcharse.

Marcus Ruiz García.

